
Manuel Tuñón de Lara y «la gran batalla de la historia social»

Manuel tuñón de Lara et « la grande bataille de l'histoire sociale »

Manuel Tuñón de Lara and “the Great battle of Social history”

Ángeles Barrio Alonso



Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/bhce/366>

DOI: 10.4000/bhce.366

ISSN: 1968-3723

Editor

Presses Universitaires de Provence

Edición impresa

Fecha de publicación: 1 diciembre 2017

Paginación: 131-142

ISSN: 0987-4135

Referencia electrónica

Ángeles Barrio Alonso, « Manuel Tuñón de Lara y «la gran batalla de la historia social» », *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne* [En línea], 52 | 2017, Publicado el 09 octubre 2018, consultado el 24 abril 2019. URL : <http://journals.openedition.org/bhce/366> ; DOI : 10.4000/bhce.366

Manuel Tuñón de Lara y «la gran batalla de la historia social»

Ángeles BARRIO ALONSO

Universidad de Cantabria

En su última lección magistral, dictada el 6 de junio de 1991 en la Universidad del País Vasco, con motivo de su jubilación, Manuel Tuñón de Lara recuperaba la controvertida cuestión de la historia obrera, puntualizando que aún estaba pendiente en España una historia social capaz de integrar elementos diversos, estructurales y particulares, una historia obrera de las elites y de las bases, como él mismo venía reclamando desde tiempo atrás, una historia social, en definitiva, síntesis de lo mejor del pasado y el presente:

De la misma manera que en la historia general no se trata de tener elites o vanguardias por un lado y masas por otro, sino solamente a través de una relación dialéctica entre ambas se puede conocer el sentido de la historia y captar su movimiento, su desarrollo. Esto se puede y se debe aplicar a esos otros aspectos de la vida social. En la historia social, hay una gran batalla que yo creo se puede librar con muchas ventajas, pero a base de esto, que yo creo como principio que no se escribe la historia de ninguna clase, de ningún grupo social silenciando la historia de las vanguardias y viceversa. Por consiguiente, no es admisible que se escriba una historia simplemente elitista de la vanguardia, ni tampoco que se suprima esta¹.

La historia obrera entró en los años noventa en una fase de declive, resultado de una crisis profunda en los ochenta, después del auge de los sesenta y setenta. Aunque la crisis era una manifestación «regional» de un fenómeno generalizado, que se producía con algo de retraso respecto de la historiografía internacional, esta tomó en España la forma de una cierta «ruptura» con la historia social clásica, en sintonía con los cambios derivados de la Transición. Que Tuñón de Lara aludiese en su lección a esta cuestión parecía, sin embargo, una manera de zanjar sutilmente la polémica sobre la «segunda ruptura», que tanto había dado que hablar en los ochenta². La trayectoria de Tuñón de Lara es bien conocida, por lo que no es necesario insistir en su extraordinaria labor cuando, estando en el exilio en Francia, y aprovechando el «boom» de los años sesenta de la creación de nuevas universidades, logró animar en la Universidad de Pau un centro especializado en estudios hispánicos que, enseguida, se convirtió en referencia tanto para los hispanistas franceses especialistas en la contemporaneidad, como para los historiadores españoles, que encontraron en los coloquios que organizó allí, entre 1970 y 1979, un lugar de encuentro e intercambios libre de la censura de la dictadura³. Tuñón de Lara, que había logrado cierta fama como historiador a raíz de la publicación de su libro *El movimiento obrero en la historia de España* –que primero había sido *Historia del movimiento obrero*, escrita

1 Manuel TUÑÓN DE LARA, «Última clase magistral de Manuel TUÑÓN DE LARA en la Universidad del País Vasco», en José Luis DE LA GRANJA y Alberto REIG TAPIA (eds.), *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la Historia. Su vida y su obra*, Bilbao, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, 1993, p. 452. En cuanto a la reivindicación previa de una historia obrera integradora, véase Manuel TUÑÓN DE LARA, «Historia del movimiento obrero en España (un estado de la cuestión en los diez últimos años). Pau, 1979», en Manuel TUÑÓN DE LARA y otros autores, *Historiografía española contemporánea. X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau. Balance y resumen*, Madrid, Siglo XXI, 1980, p. 231-250.

2 En el prólogo a *Política obrera en el País Vasco*, Juan Pablo Fusi se había desmarcado de la historia del movimiento obrero que se hacía en España, a su juicio, desenfocada por un sentimentalismo, literalmente, «más cerca de Dickens que de Marx» (Juan Pablo FUSI, *Política obrera en el País Vasco, 1880-1923*, Madrid, 1975, Turner, p. 8). Más tarde, en un archi-citado artículo, publicado en la *Revista de Occidente*, José Álvarez Junco y Manuel Pérez Ledesma planteaban la conveniencia de una «segunda ruptura» en la historia del movimiento obrero, en referencia a la historia obrera «clásica», que, a su vez, ya había roto con la dictadura al rescatar la historia de los vencidos en la Guerra Civil (José ÁLVAREZ JUNCO y Manuel PÉREZ LEDESMA, «Historia del movimiento obrero, ¿una segunda ruptura?», *Revista de Occidente*, n.º 13, 1982, p. 19-42).

3 Paul AUBERT y Jean-Michel DESVOIS, «Manuel TUÑÓN DE LARA y la historia de la cultura», y Joseph PÉREZ, «La contribución de Manuel Tuñón de Lara al hispanismo francés», en José Luis DE LA GRANJA y Alberto REIG TAPIA (eds.), *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la Historia. Su vida y su obra*, op. cit., p. 217-243 y 323-333, respectivamente.

a medias por Manuel Núñez de Arenas y el propio Tuñón de Lara—, no era un especialista en historia social, sino más bien en la historia de la cultura española, pero eso no impidió que su obra se convirtiera en la historia obrera de referencia en España. Fama y reconocimiento entre historiadores profesionales y el gran público, pero también algunas críticas cuando surgieron las primeras manifestaciones en contra de una historia obrera comprometida, poco objetiva y excesivamente sentimental del movimiento obrero.

No parece necesario a estas alturas abundar en los detalles de una cuestión sobre la que se ha escrito en repetidas ocasiones, que incluye las críticas que Tuñón de Lara hizo a los «críticos» de su obra, y otras propuestas, la mayoría de ellas, críticas y autocríticas que parecieron animar una cierta polémica que, sin embargo, con el paso del tiempo fue perdiendo entidad⁴. Si nos atenemos al testimonio de Manuel Pérez Ledesma, en su propuesta de una «segunda» ruptura en la historia obrera, no había habido intención de polemizar, ni de crítica a la historia obrera en su conjunto, sino solo a una determinada manera de enfocarla, una postura que, en todo caso, les había supuesto a Álvarez Junco y a él mismo no pocas críticas, cuando solo habían hablado de una pérdida de hegemonía y no de una crisis radical⁵. Pero, por más que Tuñón de Lara admitiera en los noventa la pérdida de hegemonía de una forma de hacer historia obrera y que no ignorara en absoluto la necesidad de una renovación profunda en ella, en su última lección magistral había algunas consideraciones que hoy no deberíamos pasar por alto. En primer lugar, Tuñón de Lara se reafirmaba en la defensa del método, algo característico en el conjunto de su obra, en una línea próxima a los marxistas de *Annales*, para plantear, en segundo lugar, una expectativa esperanzadora de futuro de una historia obrera, como parte de una historia social renovada y mejorada. Tuñón de Lara admitía que el hecho de que la historia obrera hubiera tenido en sus orígenes el carácter de «causa», había lastrado la «respetabilidad» necesaria para su integración en el terreno académico, pero ello no impugnaba su sentido dentro de la historia social. A su juicio, la historia obrera seguía siendo un terreno idóneo para llevar a cabo una interpretación totalizadora, interdisciplinar, cooperativa, de causas y explicaciones, de memoria y actualidad, de cambios y transformaciones, de ayer hacia mañana, de la sociedad, tal y como había definido muchos años antes Marc Bloch. No deja de resultar significativo por ello que hablara de «batalla», en la necesidad de defenderse de una historia tan entregada a los nuevos enfoques que pudiera dejar atrás la herencia de la historia clásica. El énfasis en la experiencia, en lo subjetivo, en lo simbólico, no podía hacernos ignorar el valor de lo estructural o el protagonismo de los sujetos colectivos, una ratificación, en último extremo, del significado que Tuñón de Lara le había atribuido en *El movimiento obrero en la historia de España*, un camino abierto entonces —y no una ruptura—, que se proyectaba a través de un desafío, la «gran batalla» a librar, según sus propios términos, para los historiadores sociales del futuro, una batalla que Tuñón de Lara estaba convencido que estábamos a punto de ganar⁶.

La historia social, una causa de ideales diversos

Los orígenes de la historia social fueron en paralelo a los de la sociología, cuando la preocupación por las desigualdades características de la sociedad industrial comenzó a formularse en términos de «cuestión social»⁷. El pensamiento social decimonónico era un territorio ecléctico, de corrientes filosóficas e ideales muy diversos, pero, a pesar de las diferentes concepciones que sobre el individuo, la sociedad y el Estado tenían los liberales reformistas del *new liberalism*, los católicos sociales —que habían encontrado en la encíclica *Rerum Novarum* la inspiración doctrinal para una recristianización de la nueva sociedad industrial—, los idealistas *krausistas*, o los socialistas moderados —como los fabianos en Inglaterra, los socialistas de cátedra alemanes o los *solidaristas* franceses—, todos compartían la preocupación, si bien unos en mayor grado que otros, por los comportamientos y reacciones de las masas. El auge de la literatura «social» en el período entre siglos fue extraordinario en todo el mundo; en Europa, a medio camino

4 Las referencias acerca de las principales consideraciones críticas y autocríticas, que suscitó la llamada «segunda ruptura» están en Ángeles BARRIO ALONSO, «Anotaciones acerca de la historia social y la historia del movimiento obrero en España», en Manuel SUÁREZ CORTINA (ed.), *Europa del Sur y América Latina. Perspectivas historiográficas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2014, p. 147-171.

5 Manuel PÉREZ LEDESMA, «Manuel Tuñón de Lara y la historiografía española del movimiento obrero», en José Luis DE LA GRANJA y Alberto REIG TAPIA (eds.), *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*, op. cit., p. 197-215; y también «Historia social e historia cultural (sobre algunas publicaciones recientes)», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n.º 30, 2008, p. 227-248.

6 Manuel TUÑÓN DE LARA, «Última clase magistral de Manuel Tuñón de Lara en la Universidad del País Vasco», José Luis DE LA GRANJA y Alberto REIG TAPIA (eds.), *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*, op. cit., p. 455.

7 Gonzalo CAPELLÁN DE MIGUEL, «Cuestión social», en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y Juan Francisco FUENTES (dirs.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza, 2002, p. 206-216.

entre la economía, la sociología, el derecho y la historia, la cuestión social inspiraría una serie de trabajos, por lo general, extra-académicos, en los que el aliento ético de sus autores no estaba reñido con el rigor científico, y que en cierto modo sentaron las bases de lo que después sería una historia social profesionalizada. Además de la historia socialista de la revolución francesa de Jean Jaurès⁸, los trabajos sobre los sindicatos británicos y la democracia industrial de Sidney y Beatrice Webb, los de los Hammond sobre los campesinos o los trabajadores especializados, las obras de G.D.H. Cole sobre el pensamiento socialista, o las de R.H. Tawney sobre la tierra y el orden social en Inglaterra, fueron obras pioneras para la *labor history* británica, y así las reconocieron los historiadores de las generaciones posteriores a ellas, como E.P. Thompson y los renovadores marxistas británicos, aunque fueran críticos con sus planteamientos⁹. Sin embargo, en América, los orígenes de la historia social fueron diferentes a los de Europa. Hasta el umbral de los años veinte, el paradigma historiográficamente dominante en la American Historical Society y la *American Historical Review*, era el de la escuela histórica alemana. Pero a la hora de hacer historia nacional, los historiadores progresistas americanos solo tomaron de Ranke la hermenéutica estricta y el rigor documental. Las obras de Turner, Beard o Parrington, a pesar de sus grandes diferencias, partían del convencimiento de la suficiencia del liberalismo americano, de que no haber tenido feudalismo, disponer de un territorio de gran riqueza natural y haberse dotado de un sistema político abierto, había dado a la historia de Estados Unidos su característico *excepcionalismo*, una corriente interpretativa que, desde la autoridad del método de las ciencias sociales, daría a la sociedad americana de aquellos años una gran confianza en su futuro¹⁰. Quizá por ello, no fueron los historiadores progresistas los precursores de la *labor history* en Estados Unidos, sino los economistas liberales que, ya desde finales del siglo XIX, con sus estudios estadísticos sobre la organización y el mercado de trabajo, ofrecieron una base empírica imprescindible para sentar las bases de su desarrollo posterior.

Los cambios en la sociedad americana también se habían hecho patentes en las universidades, en la de Wisconsin, en Madison, o en la de Columbia, en Nueva York, economistas, sociólogos y expertos en derecho del trabajo venían llevando a cabo, con grandes equipos, una serie de investigaciones sistemáticas sobre el mundo del trabajo, los impuestos, la renta, la educación o el sindicalismo, orientadas a inspirar las políticas laborales de los Gobiernos federales y las de los sindicatos. Los historiadores del trabajo, como R.T. Ely, que disfrutó de un gran prestigio social, o sus discípulos J.R. Commons y Selig Perlman, no solo fueron los que sentaron las bases de una «respetable» *labor history* en Estados Unidos, sino que, además, fueron políticamente muy influyentes hasta, prácticamente, los años cincuenta¹¹. Desde enfoques ideológicamente eclécticos, como Ely, los llamados «institucionalistas» americanos contribuyeron desde las universidades a que las tesis del «excepcionalismo» americano —el patriotismo y el *ethos* de la clase media y la integración de los sindicatos en el sistema— arraigaran definitivamente en el imaginario colectivo. Tanto Commons, con su *Documentary History of American Industrial Society*, como Perlman, con *The Theory of the Labor Movement*, construyeron un relato heroico de los trabajadores americanos en la Gran Depresión, que, sin embargo, fue contestado en los años cincuenta y sesenta por una generación posterior de historiadores comprometidos con su tiempo, como Herbert G. Gutman, David Brody o David Montgomery, que «historizaron» definitivamente la *labor history* desde una perspectiva marxista, una *new labor history* en la que los procesos de formación de clase, los sindicatos y las movilizaciones y conflictos siguieron ocupando un lugar central¹².

Mientras que en Estados Unidos, desde el empirismo de las ciencias sociales y el pluralismo ideológico, se habían echado tempranamente los cimientos de la *labor history* en la universidad, en Europa aún había resistencia a integrar en los cauces académicos a la historia social. En el umbral de los años treinta, cuando la Gran Depresión erosionaba la confianza en sí misma de la clase media americana, y la amenaza del fascismo se cernía sobre Europa, la aparición de la revista *Annales* dirigida por Marc Bloch y Lucien Febvre, cuyo método se declaraba deudor de las ciencias sociales, supuso una inflexión radical en el positivismo historiográfico que dominaba

8 Jean JAURÈS, *Causas de la Revolución Francesa* (introducción de Josep FONTANA), Barcelona, Crítica, 1979.

9 Sidney & Beatrice WEBB, *Industrial Democracy*, Longmans, London, Green and Co., 1902, e *Historia del sindicalismo*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1990; la trilogía de John y Barbara HAMMOND, *El trabajador de la ciudad* (introd. de John LOVELL), *El trabajador del campo* (introd. de G.E. MINGAY), y *El trabajador especializado* (introd. de John RULE), Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1987.

10 Richard HOFSTADTER, *La tradición política americana y los hombres que la forjaron*, Barcelona, Seix Barral, 1969.

11 Selig PERLMAN, *A Theory of the Labor Movement*, Nueva York, Kelley, 1949; Mark PERLMAN (ed.), *Labor Union Theories in America. Background and Development*, New York, Evanston, 1958.

12 Ira BERLIN (ed.), «Preface. Introduction: Herbert G. Gutman and the American Working Class», *Power and Culture. Essays on the American Working Class*. Herbert G. Gutman, New York, The New York Press, 1987, p. 3-69. Melvyn DUBOFSKY, *Hard Work: the making of labor history (working class in American History)*, University of Illinois Press, 2000.

el mundo académico francés. Su renovación, basada en el interés por los aspectos sociales y económicos del pasado, no se orientaba, sin embargo, al estudio de las clases trabajadoras en la era industrial, sino al mundo moderno y medieval. Febvre y Bloch, que no creían en una historia que no fuera socialmente útil, fueron conscientes de los problemas de su tiempo y no rehusaron el compromiso político, que, en el caso de Bloch, le costaría, incluso, la vida, víctima del antisemitismo nazi; pero, salvo en las ocasiones excepcionales que escribieron sobre cuestiones de actualidad o de teoría –la célebre *Introducción a la historia* o *Apología para la Historia* de Bloch, o los no menos célebres *Combates por la historia* de Febvre–, ninguno de ellos manifestó interés profesional por su tiempo, lo que, en general, y a pesar de su enorme influencia fuera de Francia, refuerza la imagen de *Annales* como un referente menor para la historia social contemporánea¹³. Los historiadores de *Annales* prefirieron los procesos de larga duración, las estructuras sociales, la geopolítica o las fluctuaciones económicas en el tránsito de la Edad Media a la Edad Moderna. La tesis doctoral de Febvre trataba de la economía, la sociedad y la mentalidad en el Franco Condado en la época de Felipe II, y en sus otros trabajos se interesó por la psicología colectiva de la incredulidad, las figuras de Lutero, Erasmo, Rabelais...; Bloch también se sintió atraído por el mundo rural, la sociedad feudal o el componente mágico que derivaba del poder de los reyes medievales. Ambos encontraron en el marco natural, en la mentalidad religiosa, en la moralidad de una época, en las recreaciones de mitos y ritos, en todo aquello de lo que hoy se ocuparía la antropología social, de la que *Annales* fue, en ese sentido, precursora, las claves para la explicación «total» de los procesos históricos que buscaban¹⁴. Bloch y Febvre se comprometieron con una historia social original, enfrentada al dictado positivista, planteada en términos de preguntas y respuestas, y libre del prejuicio «patriótico» característico de las historias nacionales de aquellos años, y la segunda y la tercera generación de *Annales* mantuvieron esa orientación fundacional. Braudel añadió complejidad, con sus célebres tres tiempos, largo, medio y corto, a la noción de temporalidad que acompañaba a las de estructura y cambio; Labrousse, por su parte, recuperando la tradición estadística de los ciclos de F. Simiand, introdujo las mediciones, una línea cuantitativista que continuó con P. Chaunu; y, antes, incluso, de que se disolviera el espíritu primigenio en la cuarta generación, G. Duby y J. Le Goff, que lograron aproximar, sin anacronismos y con éxito editorial, el mundo medieval al ciudadano actual, dieron con su lección magistral de divulgación histórica otro momento más de gloria a la historiografía francesa del siglo XX.

En el caso de Inglaterra, el compromiso político era el verdadero nexo entre historiadores de diferentes generaciones, pero todos vinculados al partido comunista, como Maurice Dobb, Rodney Hilton, Christopher Hill, Eric Hobsbawm, George Rudé, Victor Kiernan, Raphael Samuel, Dona Torr o E.P. Thompson, entre otros, que, desde antes de 1945, ya trataban de fundir militancia e investigación histórica. La dispersión geográfica en diferentes universidades, la dedicación a diversos campos de investigación, ya que unos eran medievalistas, otros modernistas, otros especialistas en economía, e, incluso, los diferentes estatus académicos y responsabilidades, no permiten hablar de grupo formalmente constituido, pero a todos les unía la militancia política y el interés por el debate teórico sobre el materialismo histórico. La Guerra Fría, los efectos del estalinismo y los triunfos electorales de los conservadores frente a los laboristas en los años cincuenta, provocaron algunas polémicas internas: unos, como E.P. Thompson, se apartaron del partido, después de que los tanques soviéticos invadieran Hungría en 1956, mientras que otros, como E.J. Hobsbawm, se quedaban. Las diferencias quedaron patentes en la trayectoria de las publicaciones que mantenían activas, como *The Reasoner*, *The New Reasoner* y *The New Left Review*, dedicadas al intercambio de ideas¹⁵, pero el nivel de profundidad de los debates siguió siendo una característica del grupo, en su conjunto. La revista *Past & Present*, una publicación que, desde su aparición a principios de los cincuenta en Oxford, se convirtió en una referencia internacional para la historia social, a la que se vinculaban algunos de ellos, o la resonancia que alcanzaron algunas obras, como es el caso de *The Making of the English Working Class*, de E.P. Thompson, publicada en 1963, que fue casi universal, contribuyeron a difundir la imagen del grupo con cierta consistencia de «escuela»¹⁶. Pero fue, especialmente, la publicación de *The Making of the English Working Class*, de E.P. Thompson, con su propuesta radical de

13 Marc BLOCH, *Apología por la historia o el oficio de historiador*, México DF, INAH/Fondo de Cultura Económica, 1998; Lucien FEBVRE, *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 1975.

14 Massimo MASTROGREGORI, «La experiencia política de Marc Bloch», en Carlos FORCADELL, Ignacio PEIRÓ y Mercedes YUSTA (eds.), *El pasado en construcción. Revisionismos históricos en la historiografía contemporánea*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, p. 106-123.

15 Perry ANDERSON, «Diario», en Perry ANDERSON, Geoff ELEY, Anthony GIDDENS, Brian D. PALMER, William H. SEWELL Jr. y E.M. WOOD, *E.P. Thompson, diálogos y controversias*, Valencia, Biblioteca Historia Social, 2008, p. 231-242.

16 John H. KAYE, *Los historiadores marxistas británicos*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1989.

transformación del método del materialismo histórico, su mayor impacto. E.P. Thompson había puesto en su obra en cuestión la ortodoxia marxista de la sobredeterminación económica en la formación de clase, al introducir en dicho proceso elementos de naturaleza «cultural», decisivos para la experiencia. Su desafío a las reglas del método, casi tanto como a la «academia», le valieron montones de críticas, pero sin duda que dio resultado porque logró con ello una resonancia, prácticamente, universal.

El impacto en la *labor history* americana, y, concretamente, como antes se señalaba, en H.G. Gutman, fue grande. Aunque su inclinación al empirismo, característico de la escuela de Wisconsin, no le había hecho interesarse mucho por la teoría, Gutman invitó a E.P. Thompson a Estados Unidos como conferenciante, entablando a partir de entonces una relación amistosa muy fructífera que llevaría, algo después, a David Montgomery y Melvyn Dubofsky, dos «grandes» de la *labor history* americana, junto a Gutman y David Brody, como profesores visitantes, a la Universidad de Warwick, donde E.P. Thompson trabajaba entonces como investigador, dentro de un programa real de «intercambio» y colaboración, que, sin embargo, se frustró cuando Thompson dejó Warwick a causa de ciertos desencuentros extra-académicos¹⁷. Gutman siempre reconoció que, gracias a E.P. Thompson, se había planteado la cuestión de cómo los trabajadores americanos habían construido su propia historia, cómo en la particular experiencia americana, multirracial y multicultural, la conciencia de clase tenía que ser interpretada, a diferencia de Inglaterra, en términos norte/sur, de factorías y plantaciones, de descendientes de inmigrantes europeos y de descendientes de africanos, una forma distinta de enfocar la experiencia de la conciencia de explotación, en la que la familia –ya se tratase de blancos descendientes de europeos, o entre los afroamericanos– era esencial como vehículo de continuidad cultural, al transmitir de generación en generación valores y actitudes y que, como instrumento de afirmación identitaria, resultaba efectiva para la población esclava, tanto como la religión lo era para los mineros eslavos o las costureras irlandesas¹⁸. Gutman, que, como E.P. Thompson, llevaba su compromiso político al activismo, participó con sus propios estudiantes en los movimientos *anti-war*, se opuso oficialmente a la política de la Administración Johnson en la guerra de Vietnam e, incluso, polemizó hasta el enfrentamiento personal con Eugene Genovese, uno de los historiadores sociales americanos más comprometido con la teoría marxista, especializado en la historia de la *black family*. En *The World the Slaveholders made: Two essays in Interpretation*, publicada en 1969, y, especialmente, en *Roll, Jordan, Roll. The World that the Slaves Made*, publicada en 1976, Genovese había ofrecido una interpretación del universo mental del Sur en términos de dialéctica amo/esclavo, que irritó a Gutman. El enfrentamiento entre ambos, iniciado por una «guerra» administrativa en Rochester, se convirtió en un contencioso personalizado, que Gutman extendió a Robert Fogel y Stanley Engerman a causa de su polémica *Time on the Cross*¹⁹. Fogel y Engerman, con ingentes dotaciones de fondos federales, una gran dosis de teoría económica neoliberal y alardes de alta tecnología estadística, como correspondía a dos caracterizados «cliómetras», habían ofrecido una interpretación de la economía esclavista que tranquilizaba la conciencia atormentada del americano medio sobre una época decisiva para la identidad nacional como la Guerra Civil, cuyas repercusiones sobre la *black nation* eran inevitables en aquellos momentos con la política que llevaba a cabo la Administración Nixon. A Gutman le resultaba ofensivo que un antiguo marxista radical como Genovese hubiera contribuido a reforzar las tesis de Fogel y Engerman en *Time on the Cross*, que, tras sofisticadas fórmulas matemáticas, habían ocultado la inhumana experiencia del trabajo esclavo²⁰.

Fogel y Engerman no respondieron a Gutman, pero Genovese arremetió contra él y, aunque reconocía su mérito en el tratamiento de unas fuentes muy reveladoras para el análisis de

17 Melvyn DUBOFSKY, *Hard Work: the making of labor history (working class in American History)*, op cit. E.P. THOMPSON estuvo solo unos años en la Universidad de Warwick, fundada en 1965, como *Reader de History of Labour*, puesto al que renunció en 1970 por estar en contra de la «mercantilización» que, a su juicio, había adoptado la universidad en perjuicio de los valores intelectuales y científicos, tal y como puso de manifiesto en *Warwick University Ltd., Industry, Management and the Universities*, publicado en 1971.

18 Véase la entrevista realizada en 1982 a Herbert Gutman por Mike Merrill, en M.Henry ABELove (ed.), *Visions of History*, New York, Pantheon Books, 1983, p. 187-216.

19 La versión española se publicó en 1981: M. Robert W. FOGEL y Stanley L. ENGERMAN, *Tiempo en la cruz: la economía esclavista en los Estados Unidos*, Madrid, Siglo XXI, 1981.

20 La figura de Herbert GUTMAN fue muy influyente en la *labor history* americana hasta su temprana muerte en 1985; entre su extensa obra, véase Herbert GUTMAN, *Work, culture and society in industrializing American. Essays in American working-class and social history*, New York, Vintage Books, 1977, una síntesis de la que se habían publicado previamente algunas versiones parciales en forma de artículos y contribuciones a congresos, y *The Black Family in Slavery and Freedom, 1750-1925*, New York, Pantheon Books, 1976. En cuanto a la obra de Eugene GENOVESE, que falleció en 2012, tanto en su etapa marxista, como en las posteriores, tiene un enorme interés desde el punto de vista historiográfico y nunca ha estado libre de polémica: véanse Eugene D. GENOVESE, *The World the Slaveholders made: Two essays in Interpretation*, New York, Pantheon Books, 1969, y, muy especialmente, *Roll, Jordan, Roll. The World that the Slaves Made*, New York, Vintage Books, 1976.

las tradiciones «culturales» de los afroamericanos, cuestionó el planteamiento «igualitarista» que Gutman aplicaba a las relaciones sociales y que, a su juicio, le llevaba a ignorar la dinámica de las mismas; una forma de descalificar la «nueva» historia social y desvincularse de ella, escorándose progresivamente hacia las posiciones políticas de extrema derecha que caracterizaron a Genovese en las últimas etapas de su carrera. El choque no alteró la agenda de estudios de Gutman sobre la clase trabajadora, que no solo no perdió su influencia entre los historiadores sociales más jóvenes, sino que se convirtió en una especie de referente internacional de la historia social americana, hasta que falleció de forma repentina en 1985, cuando aún no eran tan evidentes los cambios que para el mundo del trabajo supuso la era Reagan/Thatcher²¹.

Que la historia social había experimentado en auge extraordinario en los años sesenta y setenta en todo el mundo era evidente; en Francia, por ejemplo, donde la historia obrera no había tenido muchos cultivadores desde que, a finales de los años treinta, Édouard Dolléans publicara su *Historia del movimiento obrero*, también había despegado una historia obrera académica y renovada a partir del trabajo de historiadores comprometidos políticamente –y, por primera vez, historiadoras–, en el entorno de la revista *Le Mouvement social*, fundada por Jean Maitron en 1960, como Madeleine Rebérioux, Michelle Perrot, Rolande Trespé...²². Pero, como la historia social era un campo de minas expuesto a todo tipo de incursiones desde el exterior, el auge no dejó de provocar reacciones de los críticos tanto en América, como se señalaba anteriormente, como en Europa. Algunos se lamentaban del lastre que suponía el «prejuicio inconsciente» de operar en ella como una causa, algo incompatible con cualquier aspiración científica que tuviera la disciplina. Desde ese punto de vista, el marxismo, a pesar de su renovación en el sentido «culturalista» que le había proporcionado E.P. Thompson en *The Making*, y que tanto impacto había alcanzado en Estados Unidos, no solo habría obstaculizado el desenvolvimiento «natural» de una historia social objetiva, sino que habría «desnaturalizado» su objeto de conocimiento al renunciar a la totalidad social y centrar su interés solo en una parte de la misma, la clase obrera. Pero, no solo era el «prejuicio» marxista, sino que, en su aproximación a las ciencias sociales, la historia social se habría mostrado poco exigente con el uso de determinadas conceptualizaciones, dando por sinónimas categorías ni tan siquiera equivalentes, como sociedad, realidad social, lo social, que por su naturaleza versátil y mudable en el tiempo resultaban ambiguas para el historiador. Y, por si fuera poco, a la apertura hacia las ciencias sociales y a la porosidad de sus contornos, la historia social añadía su vitalidad, su *presentismo*, su disposición a dar respuesta a las grandes cuestiones de su tiempo, lo que alimentaba un permanente estado de crítica y autocrítica acerca de su pasado, su presente y su futuro.

Del ataque que los empiristas modernos habían lanzado contra la historia al sacar a la luz las limitaciones del conocimiento histórico para validarse normativamente como conocimiento científico, la historia social se había defendido a través del determinismo social y de los préstamos con las ciencias sociales, pero cuando el post-estructuralismo, especialmente, en el ámbito del lenguaje, puso en cuestión la objetividad de toda la historia social anterior, la crisis se precipitó y los «revisionismos» se multiplicaron²³. La noción de verdad histórica que, desde los orígenes de la escuela histórica alemana y el positivismo clásico, había estado vigente, una verdad establecida, en todo caso, a partir de la lectura del documento y de la correcta interpretación de las fuentes, no solo acababa depredada por la afirmación de un discurso histórico basado en la narrativa, en los lenguajes, las representaciones y lo simbólico, sino que, además, la posibilidad de un conocimiento objetivo del pasado desde el presente quedaba bloqueada²⁴. La sectorialización, la especialización extrema, el sentimiento de desconcierto, de crisis, no era una exclusiva de la historia social, pero la vuelta a lo particular que implicaba la negación de la totalidad del ser social, significó para ella perder no solo el sujeto, sino también su sentido de utilidad social. A expensas de la definición de nuevos sujetos, constituidos como meros agregados sociales y no como categorías teóricas de clase, la estructura social, las relaciones dentro de las estructuras sociales o la acción social, quedaban a merced, a su vez, de las relaciones entre esos nuevos

21 Sobre la contribución de H.G. GUTMAN a la *labor history* americana: Ira BERLIN, «Introduction. Herbert G. Gutman and the American Working Class», *op. cit.* También, Melvyn DUBOFSKY, *Hard Work: the making of labor history*, *op. cit.*

22 Roberto CEAMANOS, «Le Mouvement Social y la historiografía española», *Historia Contemporánea*, n.º 25, 2002, p. 269-287.

23 Elena HERNÁNDEZ SANDOICA, «El presente de la Historia y la carambola del historicismo», en Elena HERNÁNDEZ SANDOICA y Alicia LANGA (eds.), *Sobre la Historia actual. Entre política y cultura*, Madrid, Abada, 2005, p. 287-322.

24 Véase la introducción de Victoria BONELL y Lynn HUNT (eds.), *Beyond Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture*, Berkeley, University of California Press, 1999, p. 1-32.

sujetos²⁵. Ante la historia social se abrían múltiples interrogantes, entre otros el del futuro de la historia obrera. Con el «giro lingüístico», primero, y el «giro cultural», después, la historia social clásica había perdido sus señas de identidad y amenazaba con desaparecer, lo que provocó una oleada de pánico entre sus defensores y la recriminación sistemática de una historia cultural a la que supuestamente se habían entregado muchos de los otrora historiadores sociales. De las polémicas cruzadas salieron reflexiones valiosas y consideraciones útiles para paliar en parte los sentimientos de crisis y frustración. Como señalaba el reconocido «culturalista» británico Patrick Joyce, el hecho de que los historiadores sociales ignoraran el debate sobre los fundamentos y la genealogía de la propia especialidad era un error puesto que la historia social era hija del paradigma de la modernidad²⁶. Culpar al postmodernismo de los historiadores «culturalistas» de los problemas de la historia social no era una solución, especialmente, cuando, como apuntaba Geoff Eley, partidario de las hibridaciones y el pluralismo metodológico como alternativa a las crisis sucesivas, los orígenes de la historia social no podían ser reducidos al marxismo clásico y, por tanto, al ser, como sostenían él mismo y Keith Nield, en la misma medida que el postmodernismo, realidades históricas, estas habían de ser interpretadas, a su vez, en clave histórica²⁷.

Los orígenes de la historia social en España: ciencia y reforma social

En España, los orígenes de la historia social también estuvieron fuera de la academia, ya en unas obras militantes, en algunos casos, vinculadas directamente al republicanismo democrático, ya en una literatura muy diversa en torno a la «cuestión social» y a la pujanza de la sociología²⁸. Las obras de los revolucionarios románticos Sixto Cámara y Fernando Garrido, cuya militancia en el partido republicano democrático condicionó sus trayectorias vitales, no ofrecen ambigüedad en cuanto a planteamiento y objetivos. *La cuestión social* de Sixto Cámara representaba una concepción unitaria del orden social y una crítica a la estrechez de los derechos liberales. Fourierista y cooperativista, Garrido publicó en 1863, a la vuelta de una etapa de exilio en París, la *Historia de las asociaciones obreras en Europa*, que incluía la traducción de la famosa *The history of the Rochadale Pioneers* de G.J. Holyoake. Después, en 1870, publicó *Historia de las clases trabajadoras*, un estudio del movimiento obrero en España, con datos de primera mano sobre el socialismo utópico, el asociacionismo, la estructura socio profesional, así como estadísticas diversas sobre pobres y vagabundos, series salariales, asistencia social, etc., que le añaden un extraordinario valor de fuente y que le valió la consideración en la historiografía de principios de siglo XX de «padre de la historiografía obrera en España»²⁹. Del prólogo a su *Historia de las clases trabajadoras* se encargó Emilio Castelar, que, como no había abjurado aún de los principios sociales del federalismo, afirmaba, desde el supuesto humanitario de la ciencia, que los logros de la civilización de los Estados no se medían por la grandeza de sus poderes, sino por las condiciones morales y materiales del pueblo. Una simple ojeada al pasado bastaba para explicar el presente de miseria, dolor y humillación del trabajador y que exigía una intervención terapéutica y compasiva³⁰.

Para el liberalismo democrático la «cuestión social» era un fracaso que comprometía gravemente la paz social y, por ello, Francisco Pi y Margall, líder del partido federal, ala izquierda del republicanismo, había hecho suyas muy tempranamente algunas de las reclamaciones de los trabajadores, medidas que resultaban revolucionarias para la época, como la jornada de ocho horas, los jurados mixtos o la regulación de las condiciones de trabajo de menores y mujeres, entre otras, que contribuyeron al mito de la «república obrera», que atrajo a las

25 Jesús MILLÁN, «Los sujetos históricos: modelos, tipos ideales y estrategias de investigación» en María Cruz ROMEO e Ismael SAZ (eds.), *El Siglo XX. Historiografía e Historia*, Valencia, PUV, 2002, p. 101-110. Teresa María ORTEGA, «Sobre historia y postmodernidad. La historiografía en los últimos tiempos», en Teresa María ORTEGA (ed.), *Por una historia global. El debate historiográfico en los últimos tiempos*, Granada, EUG, 2007, p. 15-39.

26 Paul JOYCE «¿El final de la historia social?», *Historia Social*, n.º 50, 2004, p. 25-46.

27 Geoff ELEY y Keith NIELD, *The Future of Class in History. What's Left of the Social?*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 2007.

28 Sobre la importancia de la obra de Rafael PÉREZ DEL ÁLAMO, que, en *Apuntes de dos revoluciones andaluzas*, dejó constancia de su experiencia de la sublevación de Loja en 1861, o las de los socialistas utópicos como Ramón de la Sagra, véase Jorge URÍA GONZÁLEZ, «La historia social y el contemporaneísmo español. Las deudas del pasado», en Esteban SARASA y Eliseo SERRANO (coords.), *La historia en el horizonte del año 2000*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1997, p. 41-72.

29 Fernando GARRIDO, *Historia de las clases trabajadoras*, Algorta, Zero, 1970, 4 vols. Véanse el capítulo «Labor historiográfica de Garrido», en *La España Contemporánea: sus progresos morales y materiales en el siglo XIX, por Fernando Garrido*. Prólogo de Florencia PEYROU y Manuel PÉREZ LEDESMA, Pamplona, Ugoiti, 2009, p. XCHII-CVIII, y la presentación de Jordi MALUQUER DE MOTES al libro de Fernando Garrido, *La federación y el socialismo*, Barcelona, Labor, 1974, p. 7-42.

30 Fernando GARRIDO, *Historia de las clases trabajadoras*, op. cit., vol. I, p. 17-18.

clases trabajadoras al partido federal en un proceso que alcanzó su clímax en la Revolución de septiembre de 1868 y que se quebró en 1873 con el fracaso de la República federal³¹. Ya en la Restauración, las ideas de respeto al interés general, atención a las necesidades y los sentimientos del pueblo, o la acción eficiente de los poderes públicos ante la «cuestión social», cristalizarían en la primera iniciativa de institucionalización de la reforma social que representó la Comisión de Reformas Sociales, en 1883. En 1899, se creaba la primera cátedra de sociología de la universidad española, que fue ocupada por Sales y Ferré³². Después, a partir de 1903, en el Instituto de Reformas Sociales se puso en marcha un programa ambicioso de reforma, que, a pesar de su fracaso político, resultó decisivo para el desarrollo de la ciencia social en España, que, a su vez, encontró en la institucionalización de la reforma, en la que participaron *krausopositivistas*, católico-sociales, liberales, socialistas y neutros, una vía extraordinaria para su reconocimiento como la ciencia del futuro.

La labor editorial del Instituto de Reformas Sociales fue ingente, tanto en producción como en intercambios, y en ella se hace evidente la influencia del pensamiento social del *krausoinstitucionismo*, de su proyecto de sociedad armónica a partir del conocimiento científico de la realidad, y su obsesión por la educación y el cumplimiento de la legalidad. Además del Boletín del Instituto, que mensualmente se publicó, de forma ininterrumpida, desde julio de 1904 hasta junio de 1924, cuando fue absorbido por la estructura administrativa del Ministerio de Trabajo, que se había creado en 1920, el Instituto publicaba con carácter periódico las memorias generales de la inspección de trabajo, las recopilaciones de la legislación de trabajo, las referencias de los congresos sociales tanto nacionales como internacionales, las estadísticas de accidentes de trabajo, las memorias estadísticas de las huelgas, informes trimestrales de precios de artículos de primera necesidad, de mercado de trabajo, etc. Entre las publicaciones no periódicas, la mayoría informes sobre legislación, anteproyectos, dictámenes, etc., pero también memorias monográficas sobre el problema agrario, la minería, el trabajo de mujeres y niños, huelgas, inspecciones laborales, asistencia social, emigración, legislación comparada..., constituyen un fondo documental de extraordinaria utilidad para la investigación no solo por la información estadística, cuantitativa y no cuantitativa, que proporcionan sobre los temas que trata, sino por su enorme interés sociológico, al ser en sí mismo una fuente de información sobre los objetivos de la reforma y las bases científicas sobre las que se fundamentaba su acción institucional. Los sociólogos, filósofos, juristas y economistas españoles, como Giner de los Ríos, Sales y Ferré, Azcárate, Posada, Piernas Hurtado, Puyol, Álvarez Buyla, González Alegre, Salillas, Pedregal, Sanz Escartín, Palacios..., están en la nómina de autores del Instituto, y entre sus fondos bibliográficos estaban las obras de Ward, Tarde, Spencer, Le Play, Le Bon, Durkheim, Veblen, Weber, Simmel, Tönnies, Schaffle, Von Wiese, Michels, Ferrari..., que demuestra el compromiso con la ciencia del *krausoinstitucionismo*.

El espíritu de la reforma social fue más allá de la labor de la propia institución. Discípulo de Giner, criminólogo y sociólogo eminente de larga trayectoria, fue Constancio Bernaldo de Quirós, colaborador habitual del Instituto de Reformas Sociales, primero, y del Ministerio de Trabajo, después, gran estudioso del *espartaquismo* y el bandolerismo en Andalucía, y autor de numerosos estudios de enorme interés y rigor sobre el trabajo y la población campesina en España. Algo distinto es el caso de Juan Díaz del Moral, que había estado vinculado a la Institución Libre de Enseñanza, autor de *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, una obra brillante cuya primera edición data de 1920, en la que narraba con excesivo psicologismo los sucesos del llamado «trienio bolchevique» en Andalucía, a partir de su experiencia en aquellos años como notario en Bujalance, un pueblo de la provincia de Córdoba³³. También, entre la literatura social generada en instituciones privadas y en corporaciones, como la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, especializada en la política, la economía, el derecho y la filosofía, había trabajos muy notables. En los seminarios diocesanos también se dio, tras la encíclica *Rerum novarum*, un enfoque racional de los problemas de la sociedad moderna. En los ateneos o en las sociedades económicas de amigos

31 Román MIGUEL, «La república obrera: cultura política popular, republicana y movimiento obrero en España entre 1834 y 1873», en Claudia CABRERO, Xuan BAS COSTALES, Víctor RODRÍGUEZ INFUESTA y Sergio SÁNCHEZ COLLANTES, *La escarapela tricolor: el republicanismo en la España Contemporánea*, Oviedo, KRK, 2008, p. 21-54.

32 Angel MARVAUD, *La cuestión social en España*, Madrid, Revista de Trabajo, 1975. Gonzalo CAPELLÁN DE MIGUEL, «Cambio conceptual y cambio histórico. Del pauperismo a la «cuestión social», *Historia Contemporánea*, n.º 29 (II), 2004, p. 539-590; *Enciclopedia del pauperismo*, tomos III y IV dedicados a la cuestión social y a la cuestión obrera.

33 Sobre la vida y la obra de Constancio Bernaldo de Quirós, que arranca con la generación de los Posada, Sela, Dorado Montero, Buyla, Marvá... y llega, con Jiménez de Asúa, Ruiz Funes... en los años treinta, hasta el exilio americano y la muerte en México en 1959, véase el estudio preliminar de José Luis GARCÍA DELGADO, en Constancio BERNALDO DE QUIRÓS, *El bandolerismo andaluz*, Madrid, Turner, 1977; *El «espartaquismo» agrario y otros ensayos sobre la estructura económica y social de Andalucía*. Edición al cuidado de José Luis GARCÍA DELGADO, Madrid, Revista de Trabajo, 1978. Juan DÍAZ DEL MORAL, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas: Córdoba (antecedentes para una reforma agraria)*, Madrid, Alianza, 1977.

del país, tomaron, en muchos casos, como referencia la literatura del pauperismo que se había hecho en Gran Bretaña, pero no llegaron a igualar la sistematización de datos, ni el grado de profundidad del análisis de aquella³⁴. Un tipo de literatura social comprometida se encuentra en las obras de Francisco Mora o de Anselmo Lorenzo³⁵, de un mérito indudable, pero no comparables al impresionante trabajo de campo de las obras de los Webb sobre los sindicatos británicos o sobre la democracia industrial. Ni siquiera las obras de Juan José Morato, más próximas al método histórico, dejan de ser historias militantes del socialismo, que no pueden ser consideradas antecedentes de una historia social profesionalizada³⁶. Solamente, el apéndice que Manuel Núñez de Arenas aportaba sobre el movimiento obrero en España a la obra general de George Renard, que constituye una de las pocas referencias académicas de esos años para el estudio de los conflictos obreros y el asociacionismo en el siglo XIX, con fuentes directas e indirectas bien contrastadas, puede ser considerado el antecedente de una historia obrera en nuestro país.

Núñez de Arenas, intelectual socialista, que había fundado en Madrid la Escuela Nueva en 1911 como una vía de divulgación alternativa al obrerismo que caracterizaba al socialismo español, había presentado en 1915 su tesis doctoral sobre Ramón de la Sagra –figura eminente en el socialismo utópico español y, hasta cierto punto, inclasificable por su cosmopolitismo y versatilidad, experto en cuestiones sociales y derecho penitenciario–, con un planteamiento riguroso de síntesis entre las dimensiones sociales y culturales de la historia. Su influencia en un joven Manuel Tuñón de Lara, cuando en los años cuarenta ambos coincidieron en París en el exilio, sería la confirmación de la importancia que sus planteamientos sobre el estudio del movimiento obrero alcanzarían en los años sesenta y setenta en sucesivas generaciones de historiadores españoles que recibirán su herencia a través de Tuñón de Lara³⁷. Entretanto, la falta de tradición de una historiografía académica autóctona dedicada a la investigación de lo social, compensada muy parcialmente por las aportaciones del exterior, importantes, sin duda, como la de Ángel Marvaud o la de Max Nettlau, pero insuficientes, si se compara con la «literatura social» británica, alemana, francesa y americana³⁸, no había contribuido a que la historia social estableciera un corpus de conocimiento sistematizado. La política y los acontecimientos políticos seguían siendo el eje del discurso histórico en la obra de Antonio Ballesteros Beretta o de Melchor Fernández Almagro y lo social mantenía un valor puramente accesorio. Sin haber apenas diálogo con la sociología, a la altura de los años treinta, la historia social en España ofrecía una imagen mortecina, de la que la excepción, en último extremo, podría ser Rafael Altamira. Mientras que desde la ciencia social se habían abierto, ya en los primeros años del siglo, las líneas maestras de investigación sobre las nuevas realidades sociales desde el marco del positivismo, los efectos morales del 98 en la conciencia colectiva de las elites intelectuales españolas se traducían en una vuelta de tuerca al historicismo, en una búsqueda de las raíces de España en la Edad Media y en el Siglo de Oro por parte del Centro de Estudios Históricos³⁹. Después de la Guerra Civil, la atmósfera intelectual del franquismo, dominada por la filosofía de la autarquía –más que una orientación económica, una forma de interpretar el mundo– y por una acepción del catolicismo que impregnaba al núcleo mismo de la ciencia, impidió que la historiografía nacional tuviera conocimiento de los términos en que se estaba planteando el debate internacional, no ya sobre la historia social, sino sobre la historia en general y sobre la ciencia.

34 Gonzalo CAPELLÁN DE MIGUEL, *La España armónica. El proyecto del krausismo español para una sociedad en conflicto*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006. Feliciano MONTERO GARCÍA, *La Rerum Novarum y el primer catolicismo social en España*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1983, y «Los católicos y la reforma social. 1890-1914», en Juan Ignacio PALACIO MORENA (coord.), *La reforma social en España. En el centenario del Instituto de Reformas Sociales*, Madrid, Consejo Económico y Social, 2004, p. 99-128. Mariano ESTEBAN DE VEGA, «Introducción» y «Pobreza y beneficencia en la reciente historiografía española», en Mariano ESTEBAN DE VEGA (ed.), *Pobreza, beneficencia y política social*, Ayer, n.º 25, 1997, p. 10-13 y 15-35.

35 Anselmo LORENZO, *El proletariado militante*. Prólogo, notas y cronología de José ÁLVAREZ JUNCO, Madrid, Alianza, 1974.

36 Juan José MORATO, *Pablo Iglesias Posse. Educador de muchedumbres*, Barcelona, Ariel, 1968, y *La cuna de un gigante. Historia de la Asociación del Arte de Imprimir*, Madrid, Ministerio de Trabajo, 1984. Edición facsimilar a cargo de Santiago Castillo. Santiago CASTILLO, *Trabajadores, ciudadanía y reforma social en España: Juan José Morato (1864-1938)*, Madrid, Siglo XXI/Fundación F. Largo Caballero, 2005, 2 vols.

37 George RENARD, *Sindicatos, trade unions y corporaciones*, Madrid, Daniel Jorro, 1916; en la edición con prólogo, apéndice e índice bibliográfico sobre movimiento obrero español, se habla de Manuel Núñez de Arenas. Manuel NÚÑEZ DE ARENAS y Manuel TUÑÓN DE LARA, *Historia del movimiento obrero español*, Barcelona, Nova Terra, 1970. Sobre el apéndice de 150 páginas que a la obra de Renard aportó Núñez de Arenas, trata Robert Marrast en el prólogo, p. 7-9.

38 Ángel MARVAUD, *La cuestión social en España, op. cit.* Sobre la importancia de la obra de MARVAUD, véase Antonio NIÑO, *Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España. 1875-1931*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Casa de Velázquez, 1988. La obra de Max NETTLAU, filólogo e historiador austriaco, es un referente universal de erudición y divulgación del anarquismo; especialmente importantes son sus estudios sobre la Internacional en España y sus diversos trabajos sobre la historia del anarquismo, publicados en *La Revista Blanca: Bakunin: La Internacional y la Alianza en España (1868-1873)*. Estudio preliminar y notas de Clara E. LIDA, Nueva York, Iberaza, 1971.

39 Gonzalo PASAMAR ALZURIA, *Historiografía e ideología en la postguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1991. Santos JULIA, *Historia social, Sociología histórica*, Madrid, Siglo XXI, 1989.

¿Rupturas historiográficas o crisis de crecimiento?

Aunque en España no faltan las reflexiones críticas retrospectivas sobre la historia social, no son frecuentes los testimonios bio-historiográficos –un género de ego-historia que ha sido cultivado en otras historiografías–, en los que los historiadores asumen las influencias en sus etapas de formación, las rupturas o las continuidades, sin auto-justificaciones ni auto-exculpaciones, integrando polémicas, evoluciones y cambios como parte del ejercicio de maduración inherente al oficio. Los testimonios de Patrick Joyce sobre su condición de historiador «revisionista» remiten a su propia biografía al haber nacido en los años cuarenta en Londres, en una familia de inmigrantes irlandeses, y al haber podido comprobar, al llegar, casi accidentalmente, al Balliol College de Oxford, que su experiencia de la clase obrera –una clase obrera ruda, bebedora, que votaba a los *Tories* y no a los laboristas– no se correspondía en absoluto con la visión idealizada que de ella se tenía en los debates de aquel ambiente exquisito de historiadores radicales, protestantes y de clase alta o media alta, entre quienes Joyce, irlandés, aunque católico no practicante, se consideraba un completo *outsider*⁴⁰. Igualmente revelador es el testimonio de Geoff Eley, historiador social fiel a sus orígenes, y cuya experiencia en el Balliol, a diferencia de Joyce, había sido la del joven de provincias, de clase media baja, deslumbrado por un ambiente que él mismo describe como una mezcla de alta cultura intelectual francesa y baja cultura popular americana del cine de Hollywood, y que reconoce resultó decisivo para su formación como historiador⁴¹. William H. Sewell Jr., uno de los historiadores sociales americanos inclinado tempranamente desde el marxismo hacia una vía «culturalista», reconoce las influencias de la generación que le precedió, unos historiadores comprometidos con su tiempo, como Herbert H. Gutman, con quien trabajó en su época predoctoral, así como en la lectura de unas obras decisivas, entre las que destaca *The Making* de E.P. Thompson, *The Vandée* de Charles Tilly, o *Poverty and Progress* de Stephan Thernstrom, que en los años sesenta establecieron las bases para una historia de la *ordinary people*, una historia «desde abajo», que, a su juicio, había representado para los historiadores de su generación, marcada por el «sesentayochismo», una especie de nuevo paradigma⁴².

Los testimonios de los historiadores sociales extranjeros, que se iniciaron en el oficio en torno a los años sesenta y setenta, hablan de influencias decisivas de generaciones de historiadores «comprometidos» con su tiempo, pero también de ambientes formativos de debate universitario y de flujos e intercambios de ideas, situaciones y sensaciones que se echan en falta en España. Santos Juliá, en referencia a la historia social, consideraba que la ausencia previa de un diálogo sistemático entre las ciencias sociales y la historia, capaz de inspirar corrientes historiográficas autóctonas, era una de sus causas. Salvo excepciones concretas, después de la Guerra Civil, la influencia exterior había sido escasa en la historiografía española, en general, y, en particular, en la historia social, y los temas que habían suscitado interés en las generaciones más influyentes en la historia social internacional, como la transición del feudalismo al capitalismo, la industrialización y los niveles de vida, las conductas en sociedad de masas, etcétera, ya fuera en Estados Unidos, Inglaterra o Francia, no habían dado lugar a ninguna polémica en la atmósfera científica e intelectualmente mortecina de la dictadura⁴³. De ahí que, cuando José María Jover en «Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea», inicialmente un texto para una conferencia, reivindicaba al sujeto colectivo al que las fuentes no concedían más atención que ser un simple número en un censo de población, pareciera una propuesta metodológica rompedora para la época⁴⁴. Jover utilizaba, además, con exquisita precisión categorías como pueblo, clase trabajadora, burguesías de agitación y de orden, procesos de aparición de la ciudadanía, socialización política, reclamaciones de derechos, cambios en las actitudes de la sociedad..., una muestra pionera de una historia social de conceptualización depurada, otra manera de leer las fuentes y de plantear las indagaciones sobre causas y efectos en los procesos de construcción de la conciencia social⁴⁵.

40 Sobre el «revisionismo» de Joyce, véanse Patrick JOYCE *Visions of the people. Industrial England and the question of class, 1848-1914*, Cambridge University Press, 1994, p. 1-23, y «More Secondary Modern than Postmodern», *Rethinking History*, n.º 5, 3, 2011, p. 367-382.

41 Geoff ELEY, *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*, Valencia, PUV, 2008, p. 59-70 y 90-104.

42 William H. SEWELL Jr., *Logics of History. Social Theory and Social Transformation*, Chicago, University of Chicago Press, 2005.

43 Santos JULIÁ, *Historia social, Sociología histórica*, op. cit.

44 José María JOVER ZAMORA, «Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea», en *Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX*, Madrid, Turner, 1976, p. 47-82.

45 José SÁNCHEZ JIMÉNEZ, «La «historia social» en la investigación de José María Jover Zamora», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n.º 9, 1988, p. 41-45; Ignacio PEIRÓ, «La normalización historiográfica de la historia contemporánea en España: el tránsito de José María Jover Zamora», en Teresa María ORTEGA LÓPEZ (ed.), *Por una historia global. El debate historiográfico en los últimos tiempos*, op. cit., p. 321-390.

Jover había colocado a las clases populares y a los trabajadores en el mapa de la historia, junto a las diferentes burguesías; pero en los años sesenta el movimiento obrero centralizaría una buena parte de la investigación en historia social, como una forma más de hacer oposición al régimen desde las universidades. En *El movimiento obrero en la historia de España*, publicado en 1972, Tuñón de Lara afirmaba, en la línea de Núñez de Arenas, la centralidad del movimiento obrero en la historia nacional, en un momento en el que las luchas sindicales y las movilizaciones obreras estaban siendo políticamente decisivas contra la dictadura agonizante, lo que inspiró a un buen número de historiadores en ciernes a dedicarse al estudio de los trabajadores, de sus organizaciones, sus luchas, su propaganda. Poner en cuestión que la conflictividad social y laboral en la España de los siglos XIX y XX respondiera a un proceso canónico de formación de clase, lucha de clases y conciencia de clase madura, como había hecho Fusi en el prólogo de *Política obrera en el País Vasco*, probablemente solo se podía hacer en aquellos momentos desde Oxford, donde Fusi se había doctorado, y donde había adquirido la costumbre de cuestionar los tópicos y sustituirlos por razonamientos lógicos⁴⁶. La apertura hacia el exterior para conocer otras formas de hacer historia se extendió y dio enseguida resultado, como lo demuestra la difusión que alcanzó en los ochenta la renovación del marxismo británico y, especialmente, *The Making of the English Working Class* de E.P. Thompson⁴⁷.

Aunque en España se conocía algo la obra de E.J. Hobsbawm –por ejemplo, *Rebeldes primitivos*, aunque escrita en 1959, se había traducido al español y editado por Ariel en 1968–, la edición por Laia en castellano de *The Making* de E.P. Thompson en 1977, con el título *La formación histórica de la clase obrera, Inglaterra 1780-1832*, marcaría un antes y un después. En su obra, E.P. Thompson había situado la conciencia de clase de los trabajadores de oficios y artesanos antes que en los obreros de las fábricas, y relacionaba las formas de conciencia con experiencias de naturaleza «cultural», no determinadas por estructuras económicas y sociales, lo que rompía con la interpretación ortodoxa de la aparición del proletariado como un fenómeno universal vinculado a la industrialización. Sin embargo, la interpretación que E.P. Thompson había ofrecido para Inglaterra no funcionaba en España, donde el proceso de formación y de conciencia de las clases trabajadoras no se correspondía con el patrón de la revolución industrial británica, que era, a su vez, radicalmente diferente al de la clase obrera urbana de la Francia del Segundo Imperio y al de los obreros industriales de la Alemania de Bismarck. En España, el proceso de formación de clase se remitía a la aparición del obrerismo organizado, a un tipo de sindicalismo primitivo circunscrito mayoritariamente a los núcleos industriales, al que la penetración de la propaganda de la Internacional, en el ambiente efervescente de la revolución de 1868, le prestó los elementos doctrinales de los que carecía inicialmente. A partir de la Internacional, el obrerismo se autonomizaba de la política, del republicanismo, y, en sintonía con el pleito interno que en la AIT había enfrentado a marxistas y bakuninistas, evolucionaba escindiendo en dos grandes corrientes, la socialista y la anarquista, con sus correspondientes organizaciones. En esa interpretación estanca del movimiento obrero, los perfiles sociológicos de las clases trabajadoras habían quedado desdibujados y sus motivaciones para la acción se deducían, casi mecánicamente, del carácter más o menos inflamado de la propaganda o de la moderación o violencia de sus manifestaciones⁴⁸.

A pesar de que era un libro desconcertante y de lectura difícil, la divulgación de *The Making* aumentó el interés en España por la obra de E.P. Thompson, su polémica con Althusser en *Miseria de la teoría*, sus reflexiones sobre los procesos de formación de clase e, incluso, su militancia política en el movimiento pacifista y contra las armas nucleares. Si fue una moda pasajera, como sentenciaron en tono reticente los partidarios de la ortodoxia marxista, o un estímulo renovador, como creyeron los más optimistas, lo cierto es que, consciente o inconscientemente, muchas de las cuestiones relativas a la formación y conciencia de clase, a la acción colectiva y a las luchas obreras, se replantearon, y se generalizaron términos como «economía moral de la multitud» o «experiencia plebeya de proletarianización», que resultaban menos rígidos que los de ideología, conciencia, clase en sí y clase para sí⁴⁹. Manuel Pérez Ledesma demostró en los noventa que la formación de clase en España, con sus características específicas, también había sido un proceso cultural, como E.P. Thompson había planteado para Inglaterra o Sewell para Francia⁵⁰.

⁴⁶ Juan Pablo FUSI, *Política obrera en el País Vasco, 1880-1923*, op. cit., p. 8.

⁴⁷ Mónica BURGUEA, «Reading E.P. Thompson today: a view from Spain», *Social History*, n.º 30.4, 2014, p. 557-572.

⁴⁸ José ÁLVAREZ JUNCO y Manuel PÉREZ LEDESMA, «Historia del movimiento obrero, ¿una segunda ruptura?», op. cit.

⁴⁹ La cuestión está desarrollada en Ángeles Barrio ALONSO, «*The making of the english workingclass*, 50 años después: su legado para la historia obrera», ponencia presentada a las jornadas «Medio siglo después. E.P. Thompson y la formación de la clase obrera en Inglaterra», que se celebraron en junio de 2013, organizadas por la Fundación de Investigaciones Marxistas y la Fundación 1º de Mayo, con motivo de los cincuenta años de la publicación de la obra (en prensa).

⁵⁰ Manuel PÉREZ LEDESMA, «La formación de la clase obrera. Una creación cultural», en Rafael CRUZ y Manuel PÉREZ LEDESMA (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, p. 201-233.

En el marco que ofrecía el constructivismo de la sociología americana y la teoría de la movilización de recursos, el foco antes puesto en una historia de las elites y las organizaciones obreras se había desplazado hacia la historia de los movimientos sociales y la acción colectiva, y la identidad de clase perdió centralidad dentro del estudio de las identidades, en general, y, en especial, las de nación y género⁵¹. El interés de los historiadores sociales españoles se había trasladado desde la determinación objetiva de lo económico en lo social, hacia lo particular, lo subjetivo, lo «cultural», y se había adentrado en territorios poco explorados, como la historia con fuentes orales, la microhistoria, la historia intelectual, si bien con resultados muy dispares. En el umbral del siglo XXI, el debate sobre la naturaleza de «lo social» se centraba ya en las implicaciones del postmodernismo y el «giro cultural» en la llamada historia post-social. La cuestión se planteaba ahora en unos términos, que desbordaban con creces el enfoque «culturalista» que E.P. Thompson había aplicado al proceso de formación de clase en Inglaterra. Ya no se trataba de determinar en qué nivel de la experiencia se producía la conciencia y esta desencadenaba la acción, como había planteado Thompson en su célebre texto «¿Lucha de clases sin clase?», sino si la formación de clase se producía con total independencia de la voluntad de los individuos, de los factores que deberían impulsar o limitar, según los casos, su acción, al margen de los sujetos colectivos, si se producía, en definitiva, a partir de los discursos y los imaginarios, en las construcciones lingüísticas y los universos mentales o en las representaciones simbólicas, lo que situaba el debate historiográfico en una dimensión que requería nuevos registros para la interpretación de los grandes procesos relativos a la experiencia como factor de la acción. La historia social se había hecho más ambiciosa y compleja en sus planteamientos e, incluso, más sofisticada en sus enfoques, y, dentro de ella, la historia obrera tenía más que ver con la antropología que con la denostada historia-batalla del pasado.

Los debates que hoy se plantean acerca de su futuro son, en cierto modo, subsidiarios de situaciones precedentes, de un «pasado» historiográfico que debería ser interpretado, en buena lógica, en clave histórica, pero también de personalismos y pequeñas «guerras» académicas por el control del discurso canónico, y de prejuicios, mucho más arraigados de lo que pudiera parecer, que siguen considerando a la historia social, en general, y a la historia obrera, en particular, como un terreno propio de historiadores izquierdistas, un género menor, en cualquier caso, en comparación con la trascendencia de los grandes temas de historia política y sin el atractivo para el público y los lectores de la historia cultural. La política no ha abandonado hoy la historia social, pero no puede ser excusa para no creer que es posible una historia obrera libre de prejuicios políticos, en la que las perspectivas de las categorías de la historia obrera clásica sean más amplias que cuando se dejaron de aplicar allá por los ochenta. Habrá que buscar fuera de los límites del Estado-nación, que ha dominado las historiografías por países, los elementos comunes que caracterizan a los diferentes procesos de formación de clase, y que, al mismo tiempo, no condenen a la historia obrera a la sectorialización. Habrá que plantear las relaciones de clase en el marco del sistema productivo y, aunque se formalicen a través de las distintas maneras de organización del trabajo, no aislarlas de los sistemas y subsistemas de poder que implica su propio funcionamiento. Habrá que considerar, asimismo, que, más allá del carácter discursivo de algunas realidades, y del papel de los valores de tipo cultural y moral en la experiencia tanto individual como colectiva de los sujetos, las políticas económicas y sociales, la legislación, los derechos, las normas..., el papel del Estado, en suma, no pueden ser consideradas como variables independientes en los procesos de formación y conciencia de clase. Volver la vista hacia una historia del trabajo industrial, recuperando aspectos esenciales hoy olvidados, como las relaciones en el marco de la producción, el posible poder estratégico de los trabajadores, la percepción de la idea de trabajo por parte de los trabajadores, y no solo sus efectos, sus actitudes ante la experiencia del trabajo, una suerte de «cultura» del mundo productivo, podría ser una alternativa a la desorientación de la historia del movimiento obrero, en permanente orfandad desde los años ochenta. En cualquier caso, nada que no haya ocurrido en la historiografía internacional, con parecidos costes y resultados⁵². Historia social renovada, historia social postmoderna, historia post-social, podrían parecer fórmulas incompatibles fuera de un pluralismo metodológico, que, sin embargo, con aciertos y errores, debe aportar riqueza y variedad a nuestra historiografía. ¿Será que, efectivamente, y pese a todo, estamos a punto de ganar la batalla de la historia social, como vaticinaba Tuñón de Lara en su última lección magistral?

51 Rafael CRUZ, «El órgano de la clase obrera. Los significados del movimiento obrero en la España del siglo XX», *Historia Social*, n.º 53, 2005, p. 155-174.

52 Manuel PÉREZ LEDESMA, «Historia social e historia cultural (sobre algunas publicaciones recientes)», *op. cit.* Ángeles Barrio ALONSO, «Anotaciones acerca de la historia social y la historia del movimiento obrero en España», *op. cit.*, y «The making of the english working class, 50 años después: su legado para la historia obrera», *op. cit.*